

Reflexión y crítica

El legado de monseñor Romero: la vida y verdad de la fe cristiana

**The Legacy of Monseñor Romero:
The life and truth of the christian faith**

José Jorge Simán Jacir

Rafael Guido Véjar

Resumen

La exposición profundiza en seis momentos importantes de la conversión de Monseñor Romero y su búsqueda de justicia y paz, iniciada desde la transformación personal hasta la formación de una comunidad emocional que se reconvierte en Jesús mismo. Emociones, reflexión, humildad, diálogo inmediato y permanente con su Dios y sus pobres, llevaron a Romero a ser la «voz de los sin voz» de una dura verdad: la fe cristiana es seguidora del Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad, en la *polis*. La acción vital de los pobres descubre el mundo y la polis que la iglesia debe «sentir» y «servir».

Abstract

This paper takes a deep look into six important moments in Monsignor Romero's conversion and his search for justice and peace, originated in his personal transformation until the formation of an emotional communion that is reconverted to Jesus himself. Emotions, reflection, humility, immediate and permanent dialogue with God and his poor, led Romero to become the «voice of the poor» of a difficult and hard truth: Christian faith is a follower of Jesus who lived, worked, fought and died in the middle of the city, in the *polis*. It is the vital action of the poor that uncovers the world and the polis that the church must «feel» and «serve».

Palabras clave: Romero, conversión, acción por los pobres, polis, iglesia.

Key words: Romero, Conversion, Action for the Poor, Polis, Church.

«¡Qué encantador resulta estar reflexionando
con aquel Jesús que baja (...)
Los evangelios tienen profundos modos de ver a Jesús.
Mirémoslo bajando de la montaña, bajando de las alturas a
confundirse en la llanura con el común de los hombres:
bajando se puso a dirigirles la palabra
y es así como se inicia el evangelio:
dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios»

Monseñor Romero

1. La verdad de Monseñor Romero

Monseñor Romero era ese hombre sencillo y humilde que, al decir de otro inmenso mártir salvadoreño, Ignacio Ellacuría, hizo a «Dios [pasar] por El Salvador». Era un hombre sencillo de intensas emociones y profundas reflexiones ante los hechos y conflictos que en su creciente responsabilidad eclesial y humana lo impactaron a lo largo de su vida. Y sobre todo un hombre de oración casi ininterrumpida en la búsqueda de la justicia y la paz. Emociones, reflexión, diálogo inmediato con su Dios para dar seguridad a su acción, búsqueda de la verdad de los sucesos ocurridos, y siempre una actitud de humildad, pidiendo la opinión de quienes lo rodeaban, mostraba su cultivada capacidad intelectual y la perspicaz inteligencia del hombre sencillo. El periodista Juan Arias, al conocerle y entrevistarle meses antes de su muerte, decía: «Me dio la impresión de ser un simple cura de pueblo. Su sonrisa era limpia pero teñida de tristeza» (...). Hablaba con la cabeza baja (...), «con una emoción contenida...»¹.

Las intensas y profundas emociones de indignación –como decimos hoy– frente a los hechos de injusticia, muerte, persecución, exclusión, discriminación que, cada vez con mayor crudeza, realizaban las élites cupulares contra la gente humilde y los sacerdotes que la acompañaban, sus formas de percibir, sentir, hacer, decir, compartir ideas –siempre en elaboración virtuosa– llegaron a transformar la cultura política salvadoreña. En efecto, su «sentir con la iglesia», se transformó, en menos de tres años, en una emoción pública insustituible y en valores que renovaron el ámbito religioso y la sociedad global.

¹ ARIAS, Juan: «Lo que me dijo Monseñor Romero meses antes de ser asesinado», en *Vientos de Brasil* (23/04/2013). Ver <http://cebsmty.blogspot.com/2014/12/lo-que-me-dijo-monsenor-romero-meses.html>

Llegó al corazón de los salvadoreños, cultivó sentimientos de simpatía y amor, de fe, entre la gente que sufría directamente la persecución y los solidarios que decidían protegerla en forma pacífica, creó una vinculación inclusiva entre ellos. Inspiró un apoyo emocional de resistencia ante la represión y la persecución de su labor religiosa de liberación vía la fe. Construyó una comunidad emocional que continúa motivando a fieles y ciudadanos, ahora en el mundo entero.

La verdad a la que llegó Monseñor Romero a lo largo de su vida, ahora indispensable y con costos invaluable, es la verdad sobre la fe cristiana a inicios del siglo XXI, tan novedosa y tan antigua como sus orígenes mismos. La fe cristiana que es dinamizada por los pobres, la iglesia y el mundo. A un escaso mes de muerte, Monseñor planteó esta relación con gran claridad:

«voy a hablarles más bien como pastor, que, juntamente con su pueblo, ha ido aprendiendo la hermosa y dura verdad de que la fe cristiana no nos separa del mundo, sino que nos sumerge en él, de que la Iglesia no es un reducto separado de la ciudad, sino seguidora de aquel Jesús que vivió, trabajó, luchó y murió en medio de la ciudad, en la *polis*»².

Monseñor Romero afirmaba que la Iglesia debía estar «al servicio del mundo» y su problema, como el de Francisco en la actualidad, era encontrar el «sentido preciso» de las interrelaciones entre el mundo y la fe. Esta idea se fundamenta en el «aggiornamento» de la iglesia del siglo XXI, el Vaticano II, Medellín, Puebla, en donde Romero veía su humilde aporte en «poner carne concreta» a estos planteamientos desde «un pequeño país latinoamericano», como el de Francisco a más de treinta años después y con las diferencias del caso. El ahora beato de las Américas enfatizaba que, en la realidad histórica, la acción realizada por los pobres era la clave para comprender la fe cristiana, enfatizaba que son ellos quienes descubren «qué es el mundo, qué es la *polis* a la que debe servir la iglesia». Una verdad inmensa, histórica, «más grande que una catedral, por supuesto».

¿Pero cómo llegó Monseñor Romero a esta verdad aquí trazada en su línea básica por necesidades editoriales? ¿Cuál fue la ruta hacia la conversión con una iglesia más cercana al Jesús originario y

² ROMERO, Óscar Arnulfo Monseñor: «La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres». Discurso de recepción del Doctorado honoris causa por la Universidad de Lovaina (02/02/1980), en Revista Digital Contrapunto (<http://www.contrapunto.com.sv/ddhh/la-dimension-politica-de-la-fe-desde-la-opcion-por-los-pobres>).

al histórico? ¿Desde qué perspectiva pudo «ver lo que siempre ha estado entre nosotros, pero tantas veces oculto, aun para la mirada de la misma Iglesia»? ¿Fue una revelación instantánea, como muchos creen que sucedió su «reconversión» desde una posición inicial conservadora, institucional hasta la iglesia de los pobres? ¿Que tras una noche de intenso dolor personal por el asesinato cometido por un cuerpo policial encargado de la violencia de Estado contra el Padre Rutilio Grande –un gran amigo en quien veía un verdadero santo de las comunidades campesinas más desvalidas– al día siguiente era un hombre distinto, contra las instituciones públicas, y de la Iglesia que entonces mantenía una diplomacia silenciosa frente al gobierno represivo?

En los últimos cinco años de su vida, Monseñor Romero, sintió y vivió con mayor profundidad la injusticia que sufrían los humildes en su entorno. Cada día sus actividades crecían en número y esfuerzo centrándose en la protección de la gente asediada por la violencia del Estado y los grupos que trataban de mantener las desigualdades y las formas de control político injustas sobre una mayoría abrumada. Monseñor percibía esta realidad no justa y sabía que estaba en la voluntad de los hombres y mujeres cambiar esta situación.

Monseñor siempre estuvo con su gente aunque con marcos de conocimiento y prácticas distintas en años anteriores, los cuales fueron transformándose en la medida en que los conflictos de esas épocas fueron apareciendo y exigiendo respuestas cada vez más complejas ante los «signos de los tiempos» a hombres sencillos como Monseñor, que la vida institucional y cotidiana colocó en sitios claves. El proceso de conversión de Monseñor fue continuo y a lo largo de su vida y no fue una acción individualizada. Miles de cristianos se reconvertían diariamente y hacían que la Iglesia misma, desde sus estructuras y sacerdotes más sensitivos se transformara, a veces con mucha lentitud. Romero quería una Iglesia seguidora de Jesús más pronta y efectiva que llevara justicia y paz a los perseguidos, excluidos y no reconocidos. Quería una iglesia que realizara la reconversión de todos en Jesús.

Dar seguimiento a los conceptos de verdad, justicia, paz que perseguía Monseñor Romero requiere de una genealogía compleja y complicada que sobrepasa la intención de esta exposición. Por el momento se propone el análisis de seis momentos muy importantes en la vida emocional de Monseñor para iniciar la reflexión: los primeros años de la vida eclesial de Romero; el encuentro de Romero con Pironio; «La Posada del Hermano Pedro»; la masacre de Tres Cruces;

el asesinato del padre Rutilio Grande (marzo de 1977), y el llamado a la desobediencia militar. Estos momentos no son sucesivos ni lineales aunque la exposición pudiera presentar una visión de este tipo. Cada uno de ellos tiene su propia dinámica y desarrollo y sus entrecruzamientos respectivos.

2. Los primeros 25 años de la vida eclesial de Romero

En diversas ocasiones Monseñor aceptó ser un convertido, pero esta transformación la realiza durante toda su vida, desde que opta por integrarse a la iglesia católica al iniciar su adolescencia que vivió en un modesto hogar campesino de la región oriente de El Salvador, donde adquiere la responsabilidad y la disciplina, no obstante sus enfermedades, para ayudar a mantener la pequeña empresa familiar que proporcionaba el ingreso hogareño. Impresionante imaginarse a ese adolescente dejando siembras, limpieza de patios, cuidado de animales domésticos, actividades de ordeño para integrarse a la vida religiosa. Un tiempo en el que salir de ese mundo provincial, rural, estático y tradicional era posible solo incorporándose a las instituciones religiosas y militares, únicas vías de ascenso social para los jóvenes de estas comunidades y que solo eran realización vital verdadera si coincidían vocación y oportunidad, como en el caso de Monseñor.

Ingresa al seminario tradicional de su región y luego es enviado a Roma, al Pontificio Colegio Pío Latino Americano y a la Universidad Gregoriana, en donde se ordena sacerdote en 1942. El excelente biógrafo de Romero, Morozzo Della Roca, relata como en los «años romanos» de sacerdocio (1937-1943), Romero se integra con pasión a un movimiento eclesial que impulsaba una reforma de la provinciana iglesia latinoamericana (pre-Vaticano II) que, en ese entonces, era considerada como alejada de la sociedad y con decadentes centros de formación. En realidad era una iglesia al servicio de estructuras de poder oligarquizadas e instrumentalizadas para mantener en la ignorancia a los subordinados. El movimiento proponía una iglesia más universal, que distinguiera las esferas de la Iglesia y el Estado, que se alejara de lo político y fortaleciera lo eclesial y espiritual. Fue un antecedente fuerte de su actitud de innovación, reforma y modernización ante la iglesia en América Latina.

En estos años, Romero cultivó una veneración, jamás olvidada, hacia Pío XI y reconocía, entre otras virtudes, su firmeza ante regímenes e ideologías totalitarias y afirmaba que él mismo llegó a «vivir en su estadía en Roma el drama de la Iglesia frente a los totalitarismos de

Hitler y Mussolini». «Vivir» era la palabra más próxima en las iniciativas de acción de Monseñor. Reconoció cómo Pío XI se enfrentó sin miedo a los poderosos, diciéndoles: «Mientras yo sea Papa, nadie se reirá de la Iglesia». El compromiso personal de Romero con la iglesia, la jerarquía eclesial y los cambios eclesiales respondía, de nuevo, «a los signos de los tiempos» y esa realidad era parte de su vida e ideario formativo de la época³. Monseñor aceptó en cada trazo de su vida su compromiso y su lealtad con la verdad.

Tras los «años romanos» regresa a su región inicial, se incorpora como párroco de un «pequeño y remoto pueblo» del oriente salvadoreño, aunque muy rápido el obispo de esa región lo nombra su secretario y lo responsabilizó de numerosas y diversas actividades que giraban desde la secretaría de la curia diocesana, la dirección de la formación espiritual de religioso/as hasta la conducción de organismos participativos de los fieles (acción católica, hermandades de distinta designación, movimientos familiares y hasta la actividad de los Alcohólicos Anónimos). Durante 23 años Romero despliega en esta zona una actividad religiosa altamente calificada, con capacidad, rigor y disciplina personal que lo distancia de otros sacerdotes con un pensamiento más tradicional. Ayudaba a los pobres hasta con sus propios recursos y alimentos, organizaba pequeños emprendimientos con artesanos de oficios sencillos, creaba escuelas y talleres de artesanías para adultos y jóvenes, visitaba cárceles y hospitales, y desplegaba fuertes relaciones con la gente de distinto origen social. Catequizaba a la gente de altos recursos y les pedía para los pobres. Protegía a los cortadores de café del trato inhumano de los propietarios de hacienda, por lo cual fue acusado de comunista. Su prodigalidad y colaboraciones con los desvalidos le valieron ser considerado como manirroto y deshonesto. Romero compartió su vida en forma intensa con su gente durante todos estos años.

En 1967 por sus capacidades intelectuales y espirituales, es llamado a la capital salvadoreña para funcionar como Secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador (CEDES) y muy pronto también como Secretario Ejecutivo del Secretariado Episcopal de América Central (SEDAC). Dirigió periódicos tanto en Oriente como en la capital, como *Criterio* y *Orientación*, desde el cual desarrollaba actividades de conducción y polémicas serias y fuertes sobre aspectos eclesiales y de la vida política. Esta actividad le llevó a adquirir una

³ Cf. MOROZZO DELLA ROCA, Roberto: *Primero Dios. Vida de Monseñor Romero*. Edhasa, Buenos Aires, 2010, pp. 56-68.

perspectiva nacional e internacional y a dimensionar sus perspectivas institucionales. En 1970 es nombrado obispo y adopta el lema «Sentir con la Iglesia», su «programa vital» de inspiración ignaciana asumido durante sus «años romanos».

3. *El encuentro de Romero con Pironio: la aproximación conceptual al «sentir de la Iglesia»*

Un hecho muy anterior al asesinato del gran amigo de Monseñor, el padre Rutilio Grande, para muchos el momento fundamental de reconversión de nuestro beato, es su asistencia a un retiro espiritual en Antigua, Guatemala, en 1972, conducido por Monseñor Eduardo Pironio, secretario del CELAM. Para el Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga (arzobispo de Tegucigalpa, Honduras) este es un momento crucial para entender las transformaciones y la consolidación del pensamiento y las emociones creativas de Romero. Un ejercicio espiritual que cambió la vida de Romero. Maradiaga expone que la influencia del pensamiento del Cardenal Eduardo Pironio es muy clara en la primera carta pastoral de Monseñor Romero (1977), «escrita por él mismo de principio a fin y [que] fue publicada solo dos meses después del inicio de su ministerio pastoral en San Salvador»⁴.

Las ideas de Pironio son notables en toda la prédica de Romero: «*La expresión “Iglesia de la Pascua” lo resum[e] todo: una iglesia de la cruz y la esperanza, de la pobreza y la contemplación, de la profecía y el servicio* (...)». «La Iglesia de la pascua no es precisamente una Iglesia “triumfalista” o “del poder”, todo lo contrario. Una Iglesia pascual es ante todo una Iglesia del anonadamiento y la crucifixión, la pobreza, la persecución y la muerte»⁵. En sus últimas homilias y en su discurso al recibir el doctorado honorario en Bélgica, ocho años después del retiro, Romero utilizó estos conceptos con un significado mucho más preciso y orientador de su pensamiento y práctica.

Desde ese retiro espiritual, Romero estableció una amistad muy cercana con el religioso argentino, «hombre de la plena confianza del Papa», a quien reconoció como «hermano», «gran obispo moderno» y un teólogo sólido con quien «yo estudio la teología de la liberación».

⁴ MARADIAGA, Óscar Rodríguez Cardenal: *Monsignor Romero: A Bishop for the Third Millennium*. Archbishop Romero Lecture Series, University of Notre Dame, 2002. Ver en <http://kellogg.nd.edu/romero/pdfs/Millennium.pdf>

⁵ ROMERO, Óscar Arnulfo Monseñor: «La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres» (cf. Nota 2).

Los libros, los artículos, otros retiros de Pironio fueron seguidos muy de cerca por Romero. Pironio llegó a ser muy importante en el Vaticano en los tres últimos años de vida de Romero.

En un informe de esta actividad, Romero precisa el aporte de Pironio a la reflexión en América Latina, y El Salvador en especial, en ese momento:

«nos situó precisamente en esta “hora” de nuestra historia que como “la hora” de Jesús es una hora de cruz pascual, de dolorosas esperanzas, que reclama de los pastores actuales un gran silencio de oración (...).».

«nos hizo reflexionar en la verdadera misión profética de la Iglesia en América Latina y en el verdadero sentido de la liberación cristiana que, por ser un impulso del Espíritu de Dios y por tener como meta, la libertad plena y el triunfo sobre el pecado y sus consecuencias, es algo más que una simple presión de la historia, o un grito revolucionario y va mucho más allá, de los horizontes de la historia, y mucho más hondo que los niveles socioeconómicos».

«Invitó al Magisterio Episcopal de Centro América a proclamar con sencillez y fervor, el mensaje de salvación, porque el único camino de la verdadera liberación, es vivir las bienaventuranzas del Evangelio, como una utopía (...).»⁶.

4. Desde la «Posada de Belén», la «Posada del hermano Pedro» en Antigua Guatemala: un avance en su conversión personal

No como anécdota, sino como una parte vital para comprender este período histórico se expone a continuación un hecho importante para la vida y la verdad de Romero. El retiro espiritual mencionado se realizó en la «Posada de Belén» o la «Posada del Hermano Pedro», un hogar solariego, administrado, con grandes esfuerzos económicos por las hermanas Bethlemitas, en Antigua Guatemala. Monseñor cuenta que «el Hermano Pedro, aquel “hombre que fue caridad” vino a Guatemala en 1649, desde Tenerife. En sus visitas al *hospital*, se dio cuenta de que los pobres, al salir curados, no tenían a dónde, ni cómo ir a recuperarse. Pensó entonces en hacer un hospital de convalecientes y compró a María Esquivel este terreno con una casita por

⁶ ROMERO, Óscar Arnulfo Monseñor: «Desde el “Mes de Reflexión”», en *Diario de Oriente* 30822 (1972), pp. 1 y 4.

40 pesos. Amplió la construcción que, de día era escuela para niños y por la noche, dormitorio de convalecientes».

«cuando uno vive aquí siquiera durante un mes, como en mi caso, se convence de la utilidad de la obra y de la santidad de sus Religiosas. Se da uno cuenta de la pobreza e incomodidad en que viven aquí las Bethlemitas, para que la “Posada de Belén”, vuelva a ser lo que soñó el Hermano Pedro: un hogar de convalecencia. Hoy no se viene aquí solo para recuperar el cuerpo, hoy es todo el hombre, como diría el Concilio, alma y cuerpo, tiempo y fraternidad; el que encuentra allí en este verdadero paraíso de tranquilidad, de aire fresco y puro y de atención religiosa, el ambiente más propicio, para la reflexión y la oración»⁷.

Monseñor vivió los años de secretario de la CEDES y de obispo auxiliar en el Seminario de la Montaña, una especie de «palacio» donde se formaba a los jóvenes sacerdotes de país. Una habitación de palacio muy austera con escasos muebles de madera ordinaria, una mesa donde colocaba su máquina de escribir, estantes para guardar sus pocos libros, documentos y grabaciones. Él dormía en una hamaca, utilizada por gentes de todo origen socioeconómico en los lugares más calurosos del país, como lo era la región oriental donde pasó gran parte de su vida. En ese período «palaciego», una asociación de acaudaladas damas cercana a la iglesia tradicional le ofreció construirle una casa especial en una de las colonias más exclusivas de la ciudad. Nunca llegó a aceptarla y se mantuvo en su «palacio».

Al ser nombrado Arzobispo de San Salvador, Romero decidió vivir en el modesto hospital de religiosas en una pequeña y modesta habitación con muy pocas cosas, ropa escasa, su radio donde oía las noticias de Roma, se llevó su indispensable hamaca y dejó en el arzobispado los instrumentos de trabajo de funcionario eclesial. Romero se convirtió en un pobre «real», su vida fue la de un verdadero «pobre», su comida era la distribuida a los pacientes pobres del «hospitalito» y compartía con las religiosas, en sus horas de descanso, actividades de consolación y compasión espiritual que necesitaban los enfermos. Aquí están presentes las huellas del aquel encuentro en la «posada del Hermano Pedro» en «la hora pascual» de Jesús que tuvo lugar en aquella antigua «ciudad monarcal». Romero profundizó en

⁷ ROMERO, Óscar Arnulfo Monseñor: «Desde la “Posada de Belén”, en Antigua Guatemala, “La Posada del Hermano Pedro”, en *Diario de Oriente* 30824 (1972), pp. 2 y 3.

una verdadera humildad y abrió una nueva ruta hacia su conversión personal, ahora ligada en forma más cercana a la iglesia que orientaba en su cambio hacia los pobres.

5. La masacre de «Las Tres Calles»: la represión gubernamental impacta a Romero

La masacre «Las Tres Calles» es uno de los hechos represivos más fuertes con los que se inicia, a mitad de los 70, la persecución de las comunidades campesinas cristianas en El Salvador. Un grupo numeroso de agentes del más preparado cuerpo policial para el control de las zonas rurales, con armas de grueso calibre, intervinieron por la fuerza, el 21 de junio de 1975, el humilde cantón campesino en el Oriente de El Salvador cometiendo asesinatos, vejámenes, ultrajes, robos, y provocando terror y miedo en la gente. El cantón «Tres Calles» pertenecía a la diócesis del Oriente de El Salvador, donde Monseñor Romero había sido nombrado obispo seis meses antes del suceso.

Monseñor Romero, en forma personal y de acuerdo a su misión pastoral, a su reconocimiento y cercanía con los campesinos, actuó de inmediato: inició con sus colaboradores la reconstrucción de los hechos, dio aviso a las autoridades locales, visitó a las familias de las víctimas con quienes compartió su angustia y desolación; rezó ante los cadáveres insepultos, visitó varias parroquias cercanas donde ofició numerosas misas, llevó palabras de alivio y compasión y acompañó a sus feligreses en sus hogares durante un tiempo prolongado. Con mucho sentimiento, hablaba que esa noche la Guardia Nacional había matado al «borrachito» del pueblo.

De inmediato redactó una carta para el Presidente de la República, a quien consideraba como amigo cercano, y quien nunca contestó la misiva. Elaboró luego informes para los obispos de todo el país exponiéndoles cómo había actuado y solicitándoles consejos para el tratamiento del caso.

El acontecimiento sorprendió a Monseñor Romero, quien actuó diligentemente pero bajo la incertidumbre de no entender lo que había sucedido y no saber si su respuesta era la más adecuada. A los obispos les expresaba: «...aún no estoy seguro de los verdaderos móviles del acontecimiento ni de la conducta privada de los interesados».

Ni Monseñor ni la Iglesia estaban preparados para un hecho de estas magnitudes que anticipaban tiempos mucho más difíciles para ambos, aunque reconocían los momentos críticos por los que atra-

vesaba el país.

Las cartas y/o informes de Monseñor Romero muestran las ideas iniciales de «justicia», que en forma súbita lo animaron hacia la acción eclesial en favor de los desprotegidos y señalados como peligro para el orden establecido. Esa acción de Romero inicia el surgimiento, aunque en ese entonces ni siquiera imaginado, de la búsqueda por la «justicia» y la «paz» para los desposeídos y perseguidos, para los pobres y los sufridos como Jesús.

Frente a estos actos, muchas de las decisiones tomadas por Monseñor expresan inexperiencia en el manejo de este tipo de conflictos y proceder institucional en la relación Iglesia-Estado. Las bases emocionales y racionales de Romero ante estas decisiones muestran ya la firme decisión de proteger a los campesinos pobres de la violencia policial y de la exclusión social que en los siguientes años se profundizarán de una manera radical.

La carta dirigida al Presidente de la República es de un equilibrio impresionante. Por un lado, manifiesta una firme protección a la vida humana y a las comunidades de los humildes y una redacción con un fuerte y claro lenguaje de «protesta» y «reclamo» por el «atropello a la dignidad y la vida» de los campesinos. Por otro, refleja la alianza cristiana con el poder estatal de la época y la forma en que la Iglesia trataba de resolver, desde una relación institucional con el gobierno, algunos de los problemas álgidos de la sociedad. Monseñor decidió enviar la carta bajo un carácter privado diciéndole al Presidente: «... quiero asegurar a Ud. que esta carta es completamente confidencial...». Monseñor pensaba que lograría una «acción rápida y más eficaz» y un «diálogo directo y sincero» para «construir, entre Supremo Gobierno y Pastores de la Iglesia, desde sus propias competencias, el verdadero bienestar del país»⁸.

En una parte de la carta, Monseñor focaliza como responsable de la masacre, en forma exclusiva, a un «cuerpo de seguridad» que había asumido el «derecho indebido de matar y maltratar» y pedía para este cuerpo, que había violado la ley de Dios de «no matar», acciones para un «justo castigo» de acuerdo a la «Providencia y la justicia de Dios que no deja sin protección a las víctimas». Pedía, también, al jefe de gobierno, retornar «al cantón Tres Calles *la paz* de los hogares» y que se hiciera *justicia* a las víctimas del atropello y se restituya, de algu-

⁸ Díez, Zacarías / MACHO, Juan: *En Santiago de María me topé con la miseria. Dos años de la vida de Mons. Romero: 1975-1976. ¿Años del Cambio?* Sin lugar de edición (¿San José C.R.). Sin fecha de edición (¿1994?).

na manera, a las familias, por la pérdida de quienes eran su sostén»⁹.

Monseñor hizo descansar en el jefe de gobierno, en el Estado, la «justicia retributiva» para un «justo castigo» y para la restitución de la paz y del sostén a las familias violentadas. Ese Estado o gobierno no restituyó ninguna de las dos cosas. Fue una lección aprendida por Romero. Y la violencia desde el Estado y parte de la sociedad continuó contra el resto de la sociedad y la iglesia. Romero posteriormente condujo a su comunidad de pobres, excluidos y perseguidos, sin apelar a la retribución y al gobierno.

Monseñor no continuó con la idea del «justo castigo» que tiene como base la idea de que Dios para ser justo debe ejercer un castigo sobre alguien. ¿Cómo llegó Monseñor Romero a desechar la idea de lo retributivo que siempre reproduce la violencia? De mantenerse con esa idea Monseñor hubiese quedado refiriéndose a un incansable Dios vengador, sin lograr bajar al lado de los excluidos, siempre al lado del juez imposible y sin la oportunidad de ser la «voz de los sin voz», como lo fue después.

Este es un momento importante para conocer los límites (la verdad) de su idea inicial de justicia ante los hechos inmodificables de la violencia de Estado y su evolución en los siguientes años.

6. El asesinato del padre Rutilio Grande (marzo de 1977): la reconversión de la Iglesia

Igual que al ser nombrado obispo en Santiago de María, en el cantón «Las tres calles», en muy pocos días de asumir el Arzobispado de San Salvador, en febrero de 1977, Romero volvía a enfrentarse a la mortal represión de los cuerpos de seguridad militarizados del gobierno. En un entorno nacional de extrema violencia contra campesinos, obreros, sacerdotes, electores de una última campaña electoral para la asamblea legislativa en aquel período, y políticos de oposición, la Guardia Nacional asesinó a un sacerdote jesuita, Rutilio Grande y a dos humildes fieles de su parroquia que lo acompañaban, un anciano y un joven. Grande acompañaba a las comunidades campesinas y a las comunidades eclesiales de base en la búsqueda del mejoramiento de la vida en estas zonas pobres. «Tilo», uno de los grandes y pocos amigos del inhibido párroco que ahora dirigiría la vida religiosa del país. El suceso conmocionó la vida religiosa nacional e internacional y abrió un período inusitado de unidad de la iglesia católica, aunque

⁹ Idem.

muchos sectores se mantuvieron muy cerca de las élites oligárquicas y de la iglesia tradicional.

Evita Martínez, una monja carmelita de San Juan de las primeras en llegar a la escena del crimen y que cuidó del cuerpo inanimado con 18 orificios de metralla, entrevistada años después por el periodista salvadoreño Roberto Valencia, narra que Romero al acercarse al cadáver de «Tilo» le dice con una fuerte pero muy bien controlada emoción: «Si hoy no cambiamos, no habrá cuándo, ¿verdad, hermana?»¹⁰. La hermana Evita, quien ya había trabajado con Monseñor en Santiago de María, habla sobre las emociones que embargaban al Monseñor herido y desconcertado: dolor personal, angustia de cómo responder institucionalmente, qué hacer de inmediato, cómo tratar a los responsables, cómo proteger a sus sacerdotes, búsqueda de soluciones al problema en toda su complejidad. Posible que pensara en Pío XI frente a la violencia de los años del fascismo en Italia y Alemania en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

La noche del crimen de «Tilo», Romero continuó la lección de gobierno en aspectos represivos de poder iniciada en las «Tres Calles», durante su obispado en Santiago de María. Esta vez fue el Presidente de la República quien se adelanta a comunicarse con Romero para presentarle condolencias, ofrecerle un informe presidencial inmediato sobre el caso, solicitar un informe del arzobispado y, desde luego, la continuidad seria y objetiva de los hechos.

Romero, dos días después, envía al Presidente el informe solicitado con un acento exigente y muy fuerte sobre lo que la «Iglesia siente» en ese momento: que en la Iglesia hay «comentarios (...) desfavorables a su Gobierno», que la iglesia aún no recibía el informe prometido hacía dos días, que la Iglesia exige que ordene «una investigación exhaustiva de los hechos». Pero lo más impactante de la nota de Romero al Presidente es una posición cortante con el gobierno: «La Iglesia está dispuesta a no participar en ningún acto oficial del Gobierno mientras este no ponga todo su empeño en hacer brillar la justicia sobre este inaudito sacrilegio que ha consternado a toda la Iglesia»¹¹.

«¿Qué debe hacer la Iglesia después de esto?» era la pregunta urgente de todos en esa larga noche de velación. Evita narra que después de la medianoche se celebra una misa ante los tres cuerpos

¹⁰ VALENCIA, Roberto: «Eva del Carmen Menjivar, Evita, la monja», en *El Faro* (12/03/2012). Ver <http://netorivasnet.blogspot.com/2015/05/hablan-de-monsenor-romero-eva-del.html>

¹¹ VALENCIA, Roberto: «Rutilio Grande S.J.», en *El Faro* (12/03/2012). Ver <http://www.elfaro.net/es/201203/noticias/7949/Rutilio-Grande-SJ-12031977.htm>

presentes y posteriormente Romero pide una reunión privada con los religiosos presentes (Monseñor Rivera y Damas, el provincial jesuita César Jerez y un nutrido grupo de jesuitas, el teólogo Jon Sobrino, Miguel Francisco Estrada, Presidente del Presbiterio Arquidiocesano, entre otros), ella y unos pocos fieles¹².

Las sugerencias que se hacen son condenar en forma pública el hecho y exigir que el caso se aclare, proponer medidas de presión dura hacia el gobierno como que el nuevo obispo deje de asistir a los actos oficiales de gobierno hasta que no se conozca la verdad del caso y, para mostrar lo que significa el asesinato de un párroco, cerrar un día todas las iglesias del país y celebrar solo en la Catedral metropolitana una misa única. Dos días después, estas propuestas fueron presentadas en una amplia reunión del clero y todos los asistentes las apoyaron de manera decidida y unánime. El nuncio apostólico mostró su total desacuerdo.

En la homilía en la misa única Monseñor Romero, envuelto en una visible emoción, dijo:

«la palabra de Dios, llamando a los hombres para que comprendan que en su palabra está únicamente la solución de todos los problemas: políticos, económicos, sociales, que no se van a arreglar con ideologías humanas, con utopías de la tierra, con marxismos sin horizontes, con ateísmos que prescindan de la única fuerza. La única fuerza que puede salvar es Jesús, que nos habla de la verdadera liberación.[...] Mi corazón siente alegría profunda al tomar posesión de la arquidiócesis y sentir que mi propia debilidad, mis propias incapacidades, encuentran su complemento, su fuerza, su valentía, en un presbiterio unido. Queridos sacerdotes, permanezcamos unidos en la verdad auténtica del evangelio, que es la manera de decir, como Cristo, el humilde sucesor y representante suyo aquí en la arquidiócesis: el que toca a uno de mis sacerdotes a mí me toca...»¹³.

Monseñor había comprendido que se necesitaba una nueva iglesia para desarrollar una nueva forma de fraternidad e inició su construcción en forma colectiva, con la ayuda fundacional de su amigo y Vicario General, Monseñor Ricardo Urioste. El período oligárquico había formado un tipo de emociones ligadas al temor, al miedo, sin

¹² VALENCIA, Roberto: «Eva del Carmen Menjivar, Evita, la monja», en *El Faro* (12/03/2012). Ver <http://netorivasnet.blogspot.com/2015/05/hablan-de-monsenor-romero-eva-del.html>

¹³ Homilía Monseñor Romero del 20 de marzo de 1977. Misa Única. Ver <http://servicioskoinonia.org/romero/homilias/C/770320.htm>

reciprocidad para nadie, reconocimiento solo para los poderosos. En la década de los 70, esa forma había entrado en una grave e indetenible crisis social y política. Las viejas emociones ya no servían para imponerse ante la gente. Romero planteaba que había dos modelos que se enfrentaban: el defendido por los militares y la oligarquía con sus aliados y el de los grupos armados que trataban de llevar a las masas a la guerra, como terminó siendo. Monseñor veía que la violencia no debía ser reforzada y se debían alcanzar mejores formas de convivencia resolviendo las demandas populares en los límites de la justicia y la dignidad de la persona humana. Requería para esto de la estabilidad social, política y religiosa. Bajo esta lógica decidió apoyar el «golpe de Estado» de 1979, cuya imposibilidad de realizar cambios sociales cerró por más de una década la búsqueda de soluciones pacíficas.

Monseñor, desde esa época, comenzó a plantear que «la misión de la Iglesia es identificarse con los pobres», en un humilde país reprimido por la violencia estatal y por insensibles grupos oligárquicos. Y después de más de *treinta años*, Jorge Mario Bergoglio, al convertirse en Papa, decía «cómo me gustaría una Iglesia pobre y para los pobres».

7. La conversión de todos en Jesús

Desde una situación de aislamiento y desconfianza de los actores religiosos y gubernamentales, de izquierdas y derechas, de sacerdotes tradicionales y también de muchos de los acompañantes de los pobres, el arzobispo Romero inició su nueva vida cotidiana al lado de los perseguidos, desde el sufrimiento de quienes perdían la vida de sus hijos, de los que sufrían la represión masiva e individual, de los expulsados de la vida laboral, productiva y de la atención social pública. Manifestaba en este punto su acuerdo con la Teología de la Liberación que afirmaba:

«los pobres se encuentran en una situación privilegiada para entender el Evangelio. Por eso el Evangelio de Jesús y de las primeras comunidades cristianas se había dirigido primeramente a los pobres. La teología, se decía, tiene que aprender de los pobres. La teología, se decía, es acto segundo, mientras que la práctica cristiana, especialmente la de los pobres, es el acto primero»¹⁴.

¹⁴ ROMERO, Óscar Arnulfo Monseñor: «La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres» (cf. Nota 2).

En los últimos tres años de su penoso pero vívido camino de defensa de los derechos humanos y la dignidad de las personas, Monseñor se empeñó en pensar y actuar bíblicamente: «Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído». Este fue un hecho decisivo para su liderazgo carismático: al decir la verdad de manera sonora y sin temor, Romero se develó a sí mismo, se autoconstruyó y se identificó con la gente transfiriendo emociones de confianza, de cercanía, de conocer en forma exhaustiva los hechos que dañaban a la gente y de una estatura moral sin discusión. Los fieles, a su vez, lo construyeron por su voz que tronaba desde la injusticia y la falsedad, diciendo la verdad que otros no podían pronunciar siquiera. *Decía todo* cuanto tenía dentro de sus emociones cristianas y en su mente, no ocultó nada en sus homilías, en sus entrevistas, en sus pláticas, discursos, cartas pastorales, en su Diario; todos comprendían con exactitud «la voz de los sin voz», la voz de todos.

Con la verdad en sus labios y su acción diaria, Romero ha construido una comunidad inmensa, que ha crecido en estas últimas más de tres décadas en el mundo entero; es ahora, primero, una comunidad; segundo, una comunidad sin miedo y, tercero, una comunidad convirtiéndose en Jesús. «Una comunidad de vida que va creciendo y es una comunidad donde la vida encuentra la salvación».

En su discurso de doctorante honorario en Bélgica dejó muy clara una verdad muy sencilla, que está en la vida de todos los días. Los salvadoreños enfrentaron las veinticuatro horas del día dos clases de muerte: una, la rápida de la represión, y dos, «la muerte lenta, pero no menos real, de la opresión estructural». Ambas producen el pecado y por eso Romero denunció en su Cuarta y última Carta Pastoral la «idolatrización» de la riqueza, «de la propiedad privada absolutizada en el sistema capitalista, del poder político en los regímenes de seguridad nacional en cuyo nombre se institucionaliza la inseguridad de los individuos».

En esta oportunidad también habló de la *encarnación* y lo que significa ser *solidario* con los pobres «en los llantos y quejidos». La encarnación universal no es real como sí lo es la preferencial y parcial con los pobres, desde donde «la iglesia puede ser para todos», incluso servir a los poderosos por medio de la conversión de ellos, pero «no al revés como tantas veces ha ocurrido»¹⁵.

Expuso un comentario muy emotivo sobre «la encarnación en lo socio político»:

¹⁵ Ibid.

«es el lugar de profundizar en la fe en Dios y su Cristo. Creemos en Jesús que vino a traer vida en plenitud y creemos en un Dios viviente que da vida a los hombres y quiere que los hombres vivan *en verdad*. Estas radicales verdades de la fe se hacen realmente verdades y verdades radicales cuando la Iglesia se inserta en medio de la vida y de la muerte de su pueblo. Ahí se le presenta a la Iglesia, como a todo hombre, la opción más fundamental para su fe: estar en favor de la vida o de la muerte. Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los falsos de la muerte»¹⁶.

Esta es para Romero, la verdad del «misterio cristiano»: «Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aún la propia vida (...) “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el hermano”. Y esto es lo que vemos a diario en nuestro país». «Como Iglesia no somos expertos en política ni queremos manejar la política desde sus mecanismos propios. Pero la inserción en el mundo socio-político, en el mundo en que se juega la vida y la muerte de las mayorías, es necesaria y urgente para que podamos mantener de verdad y no sólo de palabra la fe en un Dios de vida y el seguimiento de Jesús»¹⁷.

Bibliografía

- DÍEZ, Zacarías / MACHO, Juan: *En Santiago de María me topé con la miseria. Dos años de la vida de Mons. Romero: 1975-1976. ¿Años del Cambio?* Prólogo de Mons. Rodrigo Orlando Cabrera. Sin lugar de edición (¿San José C.R.?). Sin fecha de edición (¿1994?).
- ELLACURÍA, Ignacio: «La realidad histórica como objeto de la filosofía», en *Teorías de la verdad en el siglo XX*. Tecnos, Madrid, 1997.
- Escritos políticos. Veinte años de historia en El Salvador (1969- 1989)*. UCA editores, San Salvador, 2005.
- GONZÁLEZ, Antonio: «El significado filosófico de la teología de la liberación» (1997), en <http://www.praxeologia.org/escorial97.html>
- «El pasado de la teología y el futuro de la liberación», en <http://www.praxeologia.org/teologialiberación.html>

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

- «Fundamentos filosóficos de una “civilización de la pobreza”», en *ECA* 583 (mayo 1997). UCA editores, San Salvador.
- HEGERDORM, Jonas: «Pensamientos socioeconómicos sobre mediaciones históricas», en ASHLEY, Matthew / CARDENAL, Rodolfo / MAIER, Martin (eds.): *Hacia la civilización de la pobreza*. UCA editores, San Salvador, 2015.
- MOROZZO DELLA ROCA, Roberto: *Primero Dios. Vida de Monseñor Romero*. Edhasa, Buenos Aires, 2010.
- NICOLÁS, Juan Antonio / FRÁPOLLI, María José (eds.): *Teorías de la verdad en el siglo XX*. Tecnos, Madrid, 1997.
- NUSSBAUM, Martha C.: *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Paidós, Barcelona, 2014.
- Libertad de conciencia*. Tusquets, Barcelona, 2009.
- RAWLS, John: *La teoría de la justicia*. FCE, México D.F., 1979.
- ROMERO, Oscar Arnulfo: *Su diario*. Arzobispado de San Salvador, San Salvador, 2000.
- SEN, Amartya: *La idea de la justicia*. Taurus, Madrid, 2010.
- SIMÁN, José Jorge: 2015. *Monseñor Óscar Arnulfo Romero y Galdámez. Un testimonio*. Talleres Gráficos UCA, San Salvador, 2015.
- SOBRINO, Jon: «El impacto de Monseñor Romero en Ignacio Ellacuría», en ASHLEY, Matthew / CARDENAL, Rodolfo / MAIER, Martin (eds.): *La Civilización de la pobreza. El legado de Ignacio Ellacuría para el mundo de hoy*. UCA editores, San Salvador, 2015.
- ZIZEK, Slavoj: *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, Barcelona, 2009.

Solicitado el 20 de diciembre de 2014
Aprobado el 29 de enero de 2016

José Jorge Simán Jacir
utopia@ejje.com
Rafael Guido Véjar
jrguid@gmail.com
Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas» (San Salvador)